

# LA VERDAD

DIARIO CATOLICO.

AÑO III.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4\*50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Sábado 11 de Julio de 1885.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0\*25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0\*25 idem de idem línea.—Papeletas de defuncion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 738.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino. El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro múltiplo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico D. J. Antonio Perez, calle del Puente, número 16.

## FERNANDEZ Y GUTIERREZ.

2 — Carbajal — 2

Almacén de yeso, cal hidráulica y demás materiales de construcción.—Tabla de Francia en todos gruesos y anchos.—Fajos para cielos rasos.—Merced a su fábrica movida al vapor, pueden servir el yeso con toda prontitud y economía.—Su buen servicio les permite tener la cal hidráulica siempre reciente.—En este almacén pueden verse las magníficas losetas a mármol y Portland de la acreditada fábrica de Bilbao de D. Simon Paul.

### Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Pio I, papa y mr., san Abundio, mr., san Juan, ob., y san Marciano.

### VALE MÁS LA BELLEZA DEL ALMA QUE LA DEL CUERPO.

Habia en un lugarcito de Francia un excelente cura, tan feo de cuerpo y de cara, como hermoso de corazón y alma. Cuando su Obispo le envió a la parroquia de Brú, se echaron a reír sus habitantes al verle, y se burlaron del pobre cura. No sabían ciertamente que en aquella caja tan tosca se encerraba un verdadero tesoro. El buen cura no se desanimó sin embargo por aquellas risas, hizo oración a Dios, se entregó a Él, y puso manos en la obra. La empresa no era muy fácil: sus feligreses estaban muy lejos de ser buenos; no se cuidaban mucho de Dios, ni vivían sino para ganar el dinero, que después malgastaban. Trabajaban los domingos, bebían de largo y criaban a sus hijos en completo abandono. La escuela estaba casi vacía, y la Iglesia enteramente desierta.

Un año después que el cura estaba allí, habían cambiado las cosas completamente: no se reían ya cuando le veían pasar; al contrario, se quitaban el sombrero con un cordial respeto; corrían los niños a besarle la mano, y el domingo la Iglesia resonaba con los cánticos de la mayor parte de los aldeanos. Era esto porque el digno párroco se había consagrado a ellos enteramente, visitando todos los días a los enfermos; se informaba de las necesidades de todos, privándose él de lo necesario para socorrerlos: instruía, acariciaba a los niños, y jugando con ellos, recordaba a los padres sus deberes, llegando por fin a ser la verdadera guía del pueblo, el juez que decidía las disputas de los feligreses, que no reparaban entonces en su físico, y que veían toda la hermosura de su alma al través de su fealdad exterior.

Habia invertido para llegar a este estado un año de oraciones, de confianza en Dios y de valor cristiano. Sin embargo, el buen cura no estaba satisfecho, había aún una oveja descarriada, que quería hacer volver al rebaño.

El tío Santiago era uno de esos espíritus fuertes, ó como decimos aquí, un hombre cruo, uno de esos sábios de taberna, que se encuentra en casi todos los lugares, esprits forts, ó más bien matones, que no se entregan sino a los goces más groseros con ayuda de un jarro de vino. Santiago no podía sufrir al buen Cura, que había ido, según decía él, a ensuciar toda la parroquia; le había puesto por mote, Polichinela, y satisfecho por esta ocurrencia de su ingenio, respondía con ella a todos los argumentos que se le hacían, para que observara mejor conducta. La mujer de Santiago sufría bastante al ver, todas estas cosas, porque el trato de la casa no iba muy bien, y la taberna absorbía una buena parte de sus recursos; pero ella no se atrevía a decirle nada a su marido, pues tenía un carácter brutal, cuyas insinuaciones había probado muchas veces sobre sus costillas. Santiago tenía un niño pequeño y desaplicado, al que él llamaba Virgilio, porque nunca había encontrado este nombre en el calendario al cual tenía horror y del que decía que era todo jesuitismo. Virgilio no iba a la escuela, era goloso, testarudo, embustero y perezoso. El buen Cura le había hablado muchas veces, pero le hacía muecas, y cuando el Cura le daba estampas de algún santo, Virgilio las llevaba a su padre que las desgarraba, y decía que los santos no se parecían a aquello, porque como todos llamaban a Polichinela santo, decía, que si eran así no los quería por su casa. Santiago no perdonaba al que había llamado Polichinela, porque la taberna se iba quedando desierta, y no encontraba compañeros de jarro dispuestos a reírse de sus chistes. Mientras tanto los negocios de Santiago iban de mal a peor; aunque trabajaba los domingos, el dinero no sobraba en su casa; porque durante la semana iba muchas veces a descansar delante del jarro de cerveza del tío Juancho el tabernero, que no daba de beber de balde. Así al mejor día se supo que la casita de Santiago, empeñada hacia algún tiempo, sería a lo mejor vendida por la justicia. La tía Santiagona lloraba con frecuencia; su marido estaba siempre rabiando, y Virgilio ya no recibía sino reprimendas de su pa-

dre, con alguna puntera por apéndice. La casa iba a ser vendida por 100 escudos, que Santiago no podía pagar de ningún modo.

Al mismo tiempo se supo en el pueblo, por el ama del cura, que este había hecho vender seis camisas, una sotana y un sombrero nuevo, que le habían regalado: que había hecho componer su sotana vieja, y sacado del rincón de un armario un sombrero todo raído, y que no se había puesto hacia medio año. Se supo también al mismo tiempo, y por la misma ama, a pesar de que el cura le había prohibido decirlo, que este no comía ya carne, ni bebía vino en su comida, y que no almorzaba más que un pedazo de pan. Santiago se reía grandemente de estas noticias: «Polichinela estará, decía, bastante bien con una sotana y sombrero viejos: cambiando de método de vida, ¿esperará tal vez mudar de cara? Si lo hiciera así, se lo aprobaría de todo corazón.» Nadie se reía de las majaderías de Santiago, y este rabiaba de cada vez más. Entre estas y las otras al fin llegó la tarde del día en que había de celebrarse la venta de su casa, y místico y cabizbajo se hallaba dentro de ella, rodeado de su familia, cuando oyó que llamaban a la puerta, que él había mandado cerrar.

—¿Si será el alguacil? dijo su mujer.

—¡Eh, no tal! dijo Santiago abriendo. ¡Toma, si es Polichinela.

Y quedándose un poco cortado, llevó su mano al sombrero, con el aire de babieca que tomaba cuando quería disimular su cólera.

—Señor Santiago, dijo el cura, como habeis roto todas las estampitas que he dado a Virgilio, quiero hacerle otro regalo y le traigo mi retrato.

Diciendo esto, le dió a Virgilio un magnífico polichinela hecho de cartón y madera. Santiago estaba ya furioso.

—Usted está burlándose de mí, gritó.

Mas Virgilio gritaba más fuerte.

—Papá, papá, dame el polichinela, que lo quiero.

Por contestación recibió un puntapié de su padre.

—Ved ahí el caso que haceis de los regalos que traigo a vuestro hijo, dijo el buen cura: quiero, a pesar de eso, darle todavía este caballito de madera, repitió, presentándole el nuevo juguete.

Virgilio abrió sus ojos y sus brazos, pero Santiago, desesperado, le arrancó el cabello de las manos.

—Con juguetes se me viene ahora, cuando es

probable que no tengamos que comer: y arrojando el caballito contra el suelo, le hizo mil pedazos. ¡Mas oh sorpresa! oyóse un sonido metálico, y del vientre del caballo roto salieron a la vez 15 monedas de oro de a 4 duros. Santiago y su mujer no podían creer lo que veían.

—¡Perdon, señor! gritaron, mientras Virgilio lloraba la pérdida de su hermoso juguete y recogía a toda prisa el tesoro. Mientras tanto el cura se había largado, pero no fué ya difícil a Santiago y a su mujer y al pueblo entero pensar de dónde había venido este inesperado socorro.

Al día siguiente fué pagado el acreedor de Santiago, y de allí a poco tiempo era este el mejor cantor en el coro de la iglesia, y Virgilio uno de los más asiduos monaguillos del cura: la mujer de Santiago vió recobrar a su casa mayor orden y aseo, y el tío Juancho, que ya no tenía ningún parroquiano, cerró la taberna y se convirtió bien pronto en uno de los mejores labradores del pueblo. Todos sus moradores repetían con alegría: «Que la belleza del alma vale mucho más que la del cuerpo.»

### UN CATÓLICO, UN PROTESTANTE Y UN JUDÍO.

En un tren de ferro-carril iba sentado al lado de un digno sacerdote católico un viejecito, vivaracho, pero sóbrio en hablar y de finos modales. En frente iba uno de los llamados ministros evangélicos, pretendiendo ganar la amistad del viejo rabino, que no hacía caso de él. Mientras aguardaban la señal de partir, el protestante, haciendo el fanfarrón, exclamó: «Hé aquí un rabino, un misionero apostólico y un ministro de la reforma. ¿Cuál de los tres tiene razón?» El sacerdote, sintiendo repugnancia a aquella indiscreta pregunta, hizo ademán de levantarse para cambiar de coche; pero el rabino, tomándole cortésmente de la mano, le dijo: «Aguarde V., voy a responder por V.» Y volviéndose al ministro protestante, le dijo: «Oiga V.: si Cristo no ha venido, yo tengo razón; pero si ha venido, tiene razón este sacerdote: en ambos casos V. está en un grande error.» Mas el petulante ministro, dirigiéndose a un perrito que dormía acurrucado sobre las rodillas del rabino, le dijo: «Serás tal vez tú también rabino?» «No, replicó el rabino; este come tocino; por lo tanto, no es rabino; come carne los viernes; no es, pues, católico; no puede ser otra cosa que protestante, pues se duerme en los sermones.»

A tal respuesta el evangélico se quedó como quien vé visiones.

## LA VERDAD

Santander 11 de Julio de 1885.

## EL PARLAMENTARISMO.

## Principio y fin de la moderna sistema.

Ser diputado á Córtes es la aspiración constante, aunque no suprema, de los políticos incipientes, que al concluir su carrera (los que la concluyen), se encuentran escasos de talento, pero sobrados de ambición y frescura, para aspirar á representar al pueblo soberano en las Córtes, y ya en ellas, ejercitando la política de balancin, poder introducirse en cargos mayores y más espinosos, no desconfiando de llegar algún día á hundir con su político peso la poltrona ministerial.

Sueño de oro de todos los politiquillos de oficio.

Que ven en ello, no un medio de favorecer al pueblo, ni aun de adquirir gloria.

Lo que pretenden es el oficio por lo que en sí es, vamos al decir, por sus resultados prácticos, y por lo que se puede hacer por los parientes, amigos y correligionarios.

Amen de la cesantía que es una ganga de las de primera magnitud.

Y si encima de esto se consigue una plaza de consejero de ferro-carril ó cosa por el estilo, ¿quién les tose á los angelitos?

Y si la conseguirán, que para algo mangonean ellos la cosa pública, y pueden hacer concesiones y... vista gorda.

Compañías cuenta la santa madre patria que no me dajarán mentir.

Y probaron la verdad de mi aserto.

Y si nó que lo diga el comercio y la industria, que son los que las *padecen*.

Pues, como he dicho, si logra un político más ó ménos rural sentarse en la poltrona ministerial, tiene hecha su carrera para *in secula*.

Que gobierna mal, y desgobierna perfectamente, durante su tránsito por el ministerio, y al fin cae entre la rechifla del pueblo, que ya que no tiene corazón para castigar á los malos gobernantes, se contenta con burlarse de ellos ¿y qué?

¿No ha hecho cuanto le ha sido posible para llenar cumplidamente sus obligaciones de hombre aprovechado?

¿No sale del ministerio con la cabeza erguida, y el pecho levantado, cual corresponde á un hombre que se lleva bien con el estómago, mediante el turrón nacional?

Pues ríanse de lo que pueda decir el público de ellos, que mientras los maldicientes se entretienen en murmurar de los políticos cesantes ó colocados, éstos ó los otros se divertirán en sacar el dinero del bolsillo de los murmuradores.

Y adelante con los faroles, y siga la procesion por los *claustrós* del parlamentarismo, que mientras éste exista, ni ha de fal-

tar gente de buen corazón que suelte los cuartos á la menor intimación de los explotadores estadistas, ni estómagos agradecidos que sirvan al pueblo hasta dejarle como diz que quedó el gallo de Moron.

Castigo justo á su apatía.

¿Cuándo acabará de conocer el pueblo Español que el parlamentarismo solo puede acarrearle disgustos y desazones?

Se necesita ser de la naturaleza del alcoraque, para no ver la farsa infuca de la *sistema*, cosa más clara y sencilla que el distinguir el pan entre las piedras.

Y esto todo el mundo lo distingue, ó por lo ménos, todos alardean de distinguirlo.

Pero respecto al parlamentarismo, les tiene este hechizado de tal manera, que solo á fuerza de exorcismos se logrará quitarlos el hechizo.

Y hacer que lleguen á comprender los vicios esenciales que corresponden á su formación y ejercicio.

Formación que tiene más bemoles que una pieza de música de regular magnitud.

Acércanse, por ejemplo, las elecciones de diputados á Córtes, y ya en el pueblo A., dos meses antes, han empezado los caciques á trabajar, para hacer que salga triunfante el diputado H., á quien no conocen, pero que les ha recomendado muchísimo el señor Z., personaje influyente de la capital, á quien deben grandes favores, pues no tienen cuento los estancos y... plazas de peones camineros etc., que han logrado por su poderosa intercesión.

¿Creerán ustedes que se ocupan en preguntar si el representante que tratan de elegir es persona de talento y bondad, ó es tonto y mal intencionado?

Nada de eso; la cuestión está en sacarle triunfante, y en no desairar al señorón de la capital, que así como así, pronto han de necesitar de él, pues uno de los caciques tiene echado el ojo á un pedazo de tierra erial, que está pegadito á una posesión suya, y hay que buscar el medio de apropiársela, y de que las autoridades de la provincia sancionen la *desamortización*; el otro tiene dos hijitos que van saliendo ya del estado de larva, y hay que arreglar el modo de buscarlos un destinito decente, para que puedan ir vejetando á costa de la nación; el otro... el otro como pudiera pescar en propiedad el estanco del pueblo, que es bastante populoso, y en el que hay bastantes aficionados á la tagarnina.., digo si marcharía bien.

Y lo que es conseguir, lo consigue, lo mismo que los otros, pues el señorón se lo ha prometido, y lo hará de seguro, porque tiene *mucha mano* en las altas esferas donde se fabrican nuestras calamidades públicas, y no dejará de dar aquellos mendrugos que piden los caciques, al mismo tiempo

que saca las tortas y panecillos pintados, que necesita para su alimentación.

Conformes los caciques en las condiciones, para ellos esenciales, empiezan á preparar la campaña electoral, repitiendo las visitas domiciliarias, y á este con amenazas, á aquel con ruegos, y al otro con promesas, en poco tiempo tiene á aquellos acémilas dispuestos á votar al candidato que les presentan, como votarían al moro Muzá si los caciques se lo propusieran.

Ya tenemos á nuestro candidato triunfante en un distrito al que generalmente no conoce, ni le importa un pito conocer.

Y ese hombre, elegido por la *soberanía nacional* que es, según dicen, uno de los derechos más preciosos del ciudadano, ¿puede considerarse como representante de un pueblo que no le conocía, ni tenía más noticias de su nombre que el verle escrito en la papeleta electoral?

Pues lo más gordo es que el diputado elegido de tal modo, no tiene tampoco más voluntad que el desdichado pueblo que le eligió.

Llega á las Córtes el *libre* diputado del *libérrimo* pueblo, y parte sin dilación á presentarse á su jefe político, que le somete á un rigurosísimo exámen, que solo versa acerca de la disciplina del partido, y de la obligación en que está el diputado de decir amen á cuantos disparates se le ocurra decir á su jefe, prometiéndole este á cambio de tanta sumisión, felicidades sin cuento, para cuando lleguen á espumar las ollas del presupuesto (si es que pertenecen á la oposición).

Se presenta, pues, nuestro candidato en las Córtes, y allí sin voluntad, sin ideas, sin criterio propio, habla cuando le manda su jefe, vota como aquel quiere, y no se acuerda más del distrito que le eligió su representante, que de los primeros azotitos que le dió su mamá en su infancia.

Si alguna vez en los debates parlamentarios se suscita alguna cuestión, que se relacione con la provincia, á la que representa, en vez de procurar defender los intereses de aquellos que le nombraron su representante, lo que hace es, naturalmente, seguir la disciplina del partido, y marchar como un cordero detrás de su jefe, aun cuando con este procedimiento se lesionen intereses que está obligado á defender.

Todo esto es absurdo, inconcebible, pero sin embargo, no es ménos cierto.

El sistema parlamentario moderno tiene esos vicios que son inherentes á él, como la rama lo es al tronco que la sostiene.

Vicios en su formación, y vicios en su ejercicio.

Prueba de que existen esos vicios en su formación, es la de que el partido que está en el poder, por antipático que sea á la nación, alcanza siempre en las elecciones una inmensa mayoría.

Cae aquel gobierno, y el que le sucede hace otras elecciones, y como él es el que las *hace*, tiene indudablemente una mayoría numerosa.

Resúmen: Que siempre las elecciones, las gana el que dispone de todos los manubrios que hacen funcionar á la máquina electoral.

Y que nada significa la soberanía nacional, sino es un mote irrisorio que han puesto á la más ignominiosa esclavitud.

Por muy contentos se darían todos los habitantes de los pueblos rurales (excepción hecha de los caciques) con que no existiera el sufragio.

(Se concluirá.)

## Pisto político

El *Correo Militar* hace públicas en la siguiente forma las satisfacciones de su patrono:

«Con motivo de ser hoy aniversario de la inolvidable batalla de Treviño, que tan alto puso el nombre del señor general Quesada, ha recibido éste de multitud de corporaciones y autoridades expresivas felicitaciones conmemorando tan glorioso nombre de armas.»

Está visto que estos liberales acabarán por elevar estatuas á los *héroes* de escaramuzas.

Y serán lógicos, puesto que las elevan á los héroes de motines.

Diálogo interesante que recomendamos á nuestros amigos.

Pero mucha atención, que es grave el caso, Y meditar conviene, por si acaso.

«El Sr. Castelar: La Santa Sede se inclina hoy hacia una concordia con todos los diversos Estados separados hasta aquí por disensiones religiosas. Yo preveo que una buena inteligencia entre Roma y las naciones va á llegar á Italia. ¿Está S. S. dispuesto á contribuir á esa armonía con todos los medios que le dá el gobierno?»

El Sr. Pidal: Como individuo del gobierno, no puedo contestar sino que haré lo que convenga á los intereses de la patria; pero como particular y fuera del gobierno, ¿quién duda que sí? Si creará el Sr. Castelar que me pone en un apuro!»

Tenemos, pues, averiguado que el *excelso* ministro está dispuesto á apoyar como particular la *concordia* que la Santa Sede se inclina á realizar con todos los diversos estados separados hasta aquí por disensiones religiosas, según palabras del Sr. Castelar.

Y sabemos también que como ministro se calla, lo cual quiere decir que otorga.

¿Qué t á l tal?

Continúa el diálogo:

«El Sr. Castelar: S. S. se ha escapado por la tangente. Yo pregunto si S. S., como gobierno, está dispuesto á ayudar la inteligencia del Papay el rey de Italia.»

El Sr. Pidal: Llegado el caso, el gobierno obrará según le aconsejen las circunstancias, y teniendo presentes los altos intereses que le ha confiado la nación española.»

Lo cual es como decir que el gobierno está dispuesto á lo que el Sr. Castelar desea, porque á un gobierno de que forma parte el Sr. Pidal, no ha de faltarle una hipótesis para echar el carro por donde convenga al sol de



